BALCON



SUMARIO

J U R I D I C I D A D

Rasgo característico de la época es el universal debilitamiento del sentido jurídico. Así como en el orden moral constituye un signo de superioridad la subordinación de los instintos bárbaros al imperio de la razón, así también lo es en el orden social la adecuación de todas las formas de actividad a esa entidad invisible y abstracta que se denomina "la ley". Tan fué ello sentido así en los períodos clásicos que Aristóteles pudo acertadamente afirmar que "el hombre privado de ley y de justicia es el peor de entre todos los animales".

La deuda más grande de gratitud que la cultura occidental tiene contraída con el pueblo romano deriva de su inmenso legado jurídico. Antes de Roma, la ley positiva se identificaba con el capricho de los dioses y los tiranos. Fué por primera vez a orillas del Tíber donde el orden jurídico adquiere autonomía y se erige en norma suprema de convivencia social. El cristianismo asume la concepción latina del derecho y la conjuga con el respeto a la Ley divina heredada de Israel, bajo el signo —ahora— del Amor trascendente. El tratado "de Lege" de Santo Tomás corona, como síntesis, la concepción occidental del derecho.

Es lógico pues que viviendo una época de universal rebelión, vivamos también, como decíamos, un momento de universal desprecio por el orden jurídico. Desorden y violación de la norma establecida se equivalen. Sólo la caridad suma puede despreocuparse de la observancia rigurosa a la ley vigente. Pero esa despreocupación es por sobreabundancia, no por defecto. Por eso el "ama et fac quod vis" de San Agustín está en las antípodas del "non serviam" del ángel caído.

En el trasfondo psicológico de esa ansia de revolución que late hoy —bajo apariencias de legitimidad retórica— en casi todas las comunidades occidentales, se encuentra implantada la urgencia de eludir el rigor de las normas, no porque sean malas sino simplemente porque son normas. El que hoy nos habla de "revolución" se nos hace sospechoso porque advertimos claramente las connotaciones ilícitas que casi siempre lleva consigo esa palabra para quienes la pronuncian. No en vano oponen, como conceptos contrapuestos, revolución a normalidad, es decir a vigencia de un estado de derecho.

El torvo resentimiento que hoy advertimos hacia todo ordenamiento jurídico se extiende hacia quienes lo promulgan y hacia quienes lo deben —por deber de estado— custodiar. Pocas veces la magistratura judicial, que tan reverente acatamiento mereciera siempre, ha sido tan calumniada y vilipendiada como lo es hoy. A los ojos del vulgo el juez es, sin prueba en contrario, prevaricador, venal, holgazán, servidor de parcialidades. No negamos por cierto que algo de eso pueda darse en la realidad. Pero estamos persuadidos que el impulso que mueve esas acusaciones no es de noble estirpe. No lo decide el afán de que haya más y mejor justicia sino el ansia de destruir la justicia mediante el desprestigio de sus encarnaciones visibles.

Cuando en un mundo así construído se levanta la voz de un estadista (de un estadista al que se le imputan toda suerte de arbitrariedades y de crímenes) que proclama en la doctrina y en los hechos la sumisión a la ley, esa voz debe ser escuchada con atención profunda. Por ello el discurso del general Franco a las Cortes españolas implica, con su sólido basamento jurídico, un alto testimonio de cordura, de dignidad, de respeto a su función. Cuando, en cambio, se utiliza la fuerza del Estado para agraviar la justicia, para desacatar la ley sin necesidad real, para vulnerar las indispensables prerrogativas de sus dispensadores, encontramos que el régimen que así procede lleva consigo un germen de muerte. No nos convencerán entonces sus alegatos formales. Preferimos atenernos a sus razones profundas —las únicas verdaderas— y las vemos nutridas de lo peor, de lo más repudiable, de lo más turbio de la conciencia social. Reaccionar contra ese espíritu, levantar como bandera el respeto a la ley, es la tarea más urgente de un movimiento que quiera de verdad orientar al país hacia un destino más alto, el que merece y el que no se le puede quitar.

Balcón.

ESPAÑA - ARGENTINA, SOLUCION DEL MUNDO (V)

UNA PURA POLITICA DE DERECHA

El mundo camina rápidamente hacia un único y monstruoso Estado totalitario que después de haber devorado todas las diferenciaciones *reales* y *operantes* en lo religioso, cultural, nacional, político y económico que *deben* diferenciar a los humanos y estructurarlos por unidades vitales en la ciudad, la provincia, la nación, la cultura, gobierne a los hombres como a una inmensa masa de unidades atómicas diseminadas por el haz de la tierra.

Advierta el lector que siendo el nominalismo la herejía que desde hace siglos dicta su ley a la humanidad, ésta seguirá usando los vocablos de persona humana, familia, ciudad, nación, soberanía y cultura pero destituídos cada vez más de contenido real y operante, de suerte que en el límite los hombres vivirán "felices y satisfechos" en ese Super Estado, llenos sus labios de Libertad y Fraternidad cuando nunca habrán vivido en mayor esclavitud y odio. Nunca como entonces y allí se hablará de la dignidad de la persona humana y nunca como entonces y allí el individuo humano, aunque dotado de todos los derechos inviolables, se sentirá más despojado, porque no sabrá como hacerlos reales y efectivos, abrumados bajo la anónima burocracia de ese Estado devorador. Con la aplicación de la *Carta de las Naciones Unidas* ha comenzado el proceso de nivelación en vasta escala de todas las naciones y continentes de la tierra.

Frente a esta empresa gigantesca, España es casi la única nación del planeta que mantiene el sabio concepto de un ordenamiento internacional sobre la base de las diferencias reales y operantes de cada pueblo. Pero poco o nada puede España, al menos por ahora, frente al resto de naciones alineadas detrás de Rusia o de Estados Unidos.

Una objeción proveniente de los políticos de derecha.

Nuestra tesis sostiene que, aún hoy, no obstante la avanzada ejecución del programa adversario, España, con la adopción del Estado católico, ofrece la única solución positiva que puede salvar al mundo de caer en el totalitarismo ruso o yanki. Pero antes de entrar en el estudio directo de esta cuestión, es menester que despejemos la objeción apuntada en el artículo (II) del viernes 19 de julio, cuando escribíamos: "Desde otro punto de vista, podría objetarse que las verdaderas formas intermedias que aportan solución a la crisis actual, habría que buscarlas en un tipo renovado de los Estados fascistas, intentados con éxito por Hitler y Mussolini, y fracasados por motivos extrínsecos a su bondad y eficacia".



El objetante quiere señalar que la única y verdadera solución de la crisis actual que aqueja a los pueblos hay que buscarla en una política realista a base de unidad nacional. No se trata pues —y ello es de toda evidencia— de transplantar el Fascismo o el Nazismo; sino de que cada pueblo, tomando conciencia de sus verdaderos valores nacionales, promueva el fortalecimiento del propio ser. En la mente del objetante, la actual crisis de los pueblos es sobre todo política y tiene solución primera en la política. Que surjan pues inteligencias políticas dotadas de sagacidad para observar las realidades políticas de cada pueblo y que susciten la formación de una nueva y despierta clase dirigente, capaz de asumir la representación del país y de ser el sostenimiento del Estado. Poniendo término a la acción disgregadora del parlamentarismo y de los partidos políticos, asegurando la estabilidad y continuidad de la autoridad pública, promoviendo la reestructuración del cuerpo social, es dable obtener una nación unida por encima de todas las diferencias que puedan crear los más variados intereses. Restablecidas las naciones en el camino de su unidad y su grandeza, unidas luego por los vínculos culturales de una misma civilización que arranca del mundo greco-romano, encontrará el universo su salud. Esta es la solución a que aspira el mundo y en ella nada tiene que ver la Iglesia, cuya misión son las cosas de la eternidad, porque aquí estamos persiguiendo la solución de un problema fundamentalmente profano y temporal. Por lo demás, aunque en derecho correspondiera la constitución del *Estado católico*, ello ha llegado a ser de hecho imposible por la secular apostasía de los pueblos. Luego, ni necesaria ni posible la solución del Estado católico que España tercamente se propone cumplir.

Los grandes aciertos de una política de derecha.

En lo expuesto, habrá advertido el lector las grandes líneas de una política que ha tenido grandes teorizadores y realizadores. Para limitarnos a Francia, cuya modalidad nos es tan comprensible y simpática, podríamos recordar a Comte, Renán, Taine, Maurras, Bainville, Tierry Maulnier, entre los primeros, y a Richelieu, Mirabeau, Napoleón, Guizot, Thiers, Laval entre los segundos.

Fácilmente visibles son las acertadas condiciones que encierra toda política de derecha. Porque, en primer lugar, es una política realista que, con toda justicia, abomina de ideologías. El ideólogo se nutre de esquemas mentales, a los que pretende sujetar las infinitas particularizaciones de la realidad, con lo que no hace sino torturarlas y destruirlas. Por esto, es un agente nato de disolución. El político de derecha, en cambio, fiel a los hechos, los observa y compara, buscando captar su exacta comprensión, a fin de imprimirles un ordenamiento adecuado.

Profundamente realista, sabe apreciar el valor de la gran realidad que es la política en cuanto tal, de la política como distinta de la actividad privada y de la social. Lo privado y lo social particularmente, con toda su carga de tierra y de tiempo, le ofrecen los ingredientes dados, con los cuales ha de elaborar la grandeza nacional; grandeza que el político de derecha mide no tanto por la felicidad que primariamente reporte a los miembros de la comunidad, sino por la fuerza vital que comunique a la nación y que ésta sea capaz de hacer sentir sobre otras naciones. El político de derecha tiene sentido exacto de que una política tanto interna como externa es obra de la inteligencia y por esto, lejos de amilanarse, si carece de la fuerza material frente a un adversario agresivo mejor dotado o de engreírse si dispone de ella frente a uno débil, procede con sagacidad, buscando sacar el mayor partido con el menor esfuerzo para la construcción de la grandeza nacional.

Porque, por mucho que se profese realista y aparezca como renunciando a toda norma ideal, que condicione los hechos, la idea de la *grandeza nacional* dirige todas sus preocupaciones. Y como intuye que no hay grandeza sino en la continuidad, en el aporte sucesivo de riqueza cultural y material sobre un fondo común elaborado por la tradición secular, el político de derecha tiene estima de todos los valores conservativos del orden social. De aquí que se demuestre reacio a las innovaciones sociales, máxime de los ideólogos revolucionarios y que evite la aceleración de todo proceso de igualación social, y que cuando advierte que no hay manera de frenar una convulsión social, aplique sabias y oportunas medidas que al menos la moderen.

La imagen ejemplar de toda grandeza nacional la encuentra él en las admirables instituciones greco-romanas. Allí inconscientemente dirige su plácida mirada, esforzándose por imprimir aquel orden tan medido en las confusas y anárquicas aspiraciones modernas. Receloso —y con justa razón— del bullicio multitudinario, su preocupación fundamental es crear entre esa multitud y el Estado una clase que sirva entre ambos de empalme orgánico, de manera que se evite el totalitarismo de Estado y la inundación de la vida por una democracia desorganizada.

Finalmente el político de derecha abriga la firme convicción de que, por mucho que se elaboren planes super estatales, el mundo no debe ni puede ser una unidad política. La convivencia política, estrictamente tal, sostiene, ha de cerrarse en lo nacional. Más allá de los Estados particulares, efectivamente soberanos, ha de existir la comunicación internacional entre pueblos que participan de un mismo patrimonio cultural cuyas fuentes remontan al mundo grecorromano y medieval, y aun con los otros pueblos que comunican en la humanidad; pero no, un único Estado, dentro del cual se hayan disuelto las soberanías particulares.

Tales son, rápidamente esbozadas, las principales condiciones de una política de derecha, condiciones que mientras se mantengan en estos términos y no sean sistematizadas en complejos ulteriores, por ejemplo en una concepción racista de la vida como intentó el hitlerismo, nada tienen de reprensible y no encierran sino los valores naturales que ha de contener toda política verdaderamente humana.

Insuficiencia de una pura política de derecha.

La crítica fundamental de que, a nuestro juicio, se hace pasible toda política pura de derecha —crítica no ya esencialista sino existencialista, para usar un vocabulario vigente, aunque no lo creemos acertado— arranca precisamente de que dicha política no es suficientemente realista ya que no se hace cargo de la naturaleza adecuada de las realidades sociales que se desarrollan ante nuestros ojos y cuyo ordenamiento político se busca.

El político de derecha tiende a concebir las realidades sociales modernas como puramente físicas, de suyo indiferentes a la categoría de lo bueno y de lo malo. Frente a ellas, se dice para sí, se podrían adoptar tres actitudes políticas: o dejarlas en su disolvente impulsividad y tenemos entonces los desahogos, convulsivos o no,



pero siempre disolventes, del izquierdismo revolucionario; o se las puede forzar represivamente como quieren los reaccionarios "ideólogos; o finalmente se las puede someter a un tratamiento puramente político, en forma de ordenarlas en un todo armonioso. Es claro que de estas tres, sólo esta última es la solución verdaderamente prudente.

El planteo nos parece correcto, salvo en la consideración del carácter "físico" de las realidades sociales, lo que determina la insuficiencia de la solución que propone, ya que ella no indica qué orden se va a imprimir a ese todo político. Por esto, creemos que este planteo no es suficientemente realista. Porque si bien es verdad que las realidades típicamente sociales están cargadas de determinaciones físicas, sin embargo lo que las constituye en la categoría "social", y lo que las ha hecho surgir a la existencia, es una voluntad libre —individual o colectiva— y es asimismo un fin determinado y concreto el que las especifica y caracteriza y que, por consiguiente, impulsa su dinámica para el bien o para el mal. Las realidades sociales son buenas o malas, y no así en abstracto, sino en su realidad concreta, en la carga histórica que las determina. Por esto las realidades sociales son eminentemente *morales* y comete grave yerro el político de derecha si las considera como puramente físicas. Estamos de acuerdo en que el político no es libre con respecto a que esa realidad moral no se le presente o que se le presenta de otra manera. La realidad está allí en lo que es y no en lo que quisiéramos que fuera. Frente a esa realidad moral y sobre ella, el político ha de procurar imprimir una orientación determinada para sacar el mayor bien posible. Pero, y aquí está el problema, ¿cómo ha de medir ese bien? ¿De acuerdo a qué principios y a qué escalas de valores? ¿qué norma ideal ha de mirar? ¿cuál ha de ser la concepción de la ciudad que ha de presidir esa misteriosa e inefable operación del político en el preciso momento en que está gobernando?

O una de dos, o el político de derecha renuncia a toda norma ideal imperativa de valores y entonces no es sino un vulgar oportunista, entregado al vaivén de las circunstancias, cosa intolerable en quien tiene el sentido del valor intelectual de la política; o admite una escala de valores sobre los cuales ha de modelar los hechos que se le presentan. Pero, en este segundo caso, único admisible, insisto, en un político auténtico de derecha, o una de dos, o esta norma coincide con la católica o no. Si lo primero, tenemos el Estado católico, que como ha observado muy bien el Generalísimo Franco en su discurso de Apertura de las Cortes de España, rebasa "el viejo concepto de derechas e izquierdas", Estado católico, cuyas condiciones de realización no entramos a considerar aquí, pero que pueden ser muy débiles si son grandes las resistencias sociales que se le oponen. Así creemos que tan católica es hoy la política de Oliveira Salazar como la de Franco, porque una y otra, aunque muy diferentes en las aplicaciones concretas, no intentan sino realizar *una misma y única norma católica*, de acuerdo a diferentes posibilidades históricas. La política es católica y no puramente derechista en ambos gobernantes, aunque por la aplicación concreta se traduce en un Estado que merece el nombre de católico, sólo en el caso de España y que en el caso de Portugal camina y se orienta hacia su realización.

Si lo segundo, esto es, si la norma que se tiene en vista y en cuya virtud se toma una actitud frente a los hechos que se presentan no es la católica, esa política será substancialmente una política izquierdista, a la defensiva, incapaz de solucionar nada y hoy frente a las actuales realidades sociales del mundo en que se ha tocado a fondo en el proceso secular de disolución, completamente imposible. Porque estamos hablando de sociedades históricamente católicas, que han nacido, crecido y madurado bajo la influencia de la Santa Iglesia. Porque esa política de derecha que quiere ordenar y salvar a los pueblos de hoy sin hacerles llegar, en la medida de lo que sea posible, a aquella norma de vida que les prescribe la Santa Iglesia, se habrá fijado otra norma de valores, otra concepción de la ciudad, que habrá de estar centrada alrededor de algún valor "naturalista" que será la raza, la nación, la riqueza, la libertad. Cualquiera que fuere este valor en cuya virtud se ordena la vida pública se estará cooperando al alejamiento de ese pueblo de la Iglesia o, lo que es lo mismo, se estará trabajando en la política de la Revolución, que constituye la esencia de todo izquierdismo, incluso del izquierdismo de Estado conducido p. ej.: por Bismarck. Y no se diga que ese valor ha de ser la cultura, porque esto es lo que está en cuestión, qué cultura, porque sino fuere la católica, habrá de ser o pagana o las que han resultado como efecto del quebrantamiento de la cultura católica, esto es, una concepción "revolucionaria" de la vida.

Concepción "revolucionaria", más o menos retardada, que eso es, en definitiva, la pura política de derecha. Porque, si bien a primera vista pudiera parecer un término medio entre una política católica y una francamente disolvente y revolucionaria, en realidad no es sino un pura acción frenativa a la dinámica histórica de disolución; no hace sino ceder a contrapelo ante la fuerza disolutoria de los hechos. Es una política de *recul*, es un izquier-

LOS SIGNOS

Busca los altos signos, enaltece
la huella de los días y las cosas;
encontrarás imágenes borrosas
de la luz que en tu sombra se oscurece:

Reliquias de tiniebla; pero crece
el blanco río en ondas luminosas
y en tu huerto perfuman siete rosas:
dones de fuego, reino que florece.

Tu palabra no turbe la enseñanza
de los signos que cantan alto gozo;
deja que el aire incline la balanza

y el alma, unida, su secreto guarde
abismada en la luz y en el reposo
de la mañana que no tiene tarde.

Miguel Angel.

HERCULES

¿Qué ardor de muerte, qué empinada pira
Pide tus huesos ya para esconderte
De la temida ofensa de la muerte
Que el fuego encoge y que la llama estira?

¿Qué voz de hierro con rumor de lira
Movió la flecha que abrazó tu suerte?
¿Qué sorprendida púrpura vencerte
Pudo en la soledad de Deyanira?

Azul la carne de la sangre lenta,
La tierra azul, y el ancho panorama
Lento de azul y torvo de tormenta.

Púrpura todo, y en el aire claro
Un ruiseñor perdido que proclama
El alto cielo de su desamparo.

Ignacio Zumárraga.

dismo *au valenti*. Porque cualesquiera sean las intenciones de un hombre, toda política que no esté al servicio de los verdaderos valores del hombre, valores que no pueden ser otros que el ordenamiento católico de la vida privada y pública, tendrá que estar favoreciendo un ordenamiento anticatólico, más o menos manifiesto. Tal después de todo, por variadas y diversas que sean las circunstancias, la política de un Richelieu, Mirabeau, Napoleón, Guizot, Thiers, Poincaré y Laval. Lo cual no quiere decir que no sea preferible a una francamente izquierdista. Queremos significar que es insuficiente; diremos más, que es ya, de aquí en adelante, imposible.

Porque una política, cuya imagen impulsora no sean los principios católicos ni la Revolución —o sea la disgregación católica— debe tender a ordenar la vida pública, en cuanto pública, de la ciudad, de acuerdo a una concepción puramente natural, sea que busque su modelo en la ciudad griega o romana o en las tribus de la antigua Germania, descriptas por Tácito. La acción política, por empírica que se la suponga, no puede sino estar orientada por un ejemplar intelectual. Ahora bien, creemos que si con algo ha acabado la guerra última es precisamente con todo intento de ordenamiento pagano de la vida pública. No abrimos juicio sobre el hecho. Nos limitamos a registrar su comprobación. Frente a frente con posibilidades históricas concretas, no se colocan hoy sino una concepción auténticamente católica de la vida o concepciones de un cristianismo degradado. Como nos hemos esforzado por señalar en otra parte [1] el liberalismo puro que constituye el régimen de vida de Inglaterra-Estados Unidos, el liberalismo católico que lo constituye de la Francia actual y el comunismo que lo constituye de Rusia son la traducción directa sobre el plano terrestre de la vida profana de las grandes verdades cristianas. El hecho es que hoy el mundo universal se mueve en un clima "sobrenatural". Sobrenatural de Cristo o sobrenatural del Diablo. Lo pagano tiende a ser eliminado como expresión pública de vida.

De aquí que toda política auténticamente de derecha aparezca hoy, más que nunca, como anacrónica. Digo toda política auténticamente de derecha porque como lo de "derecha" es un vocablo relativo con respecto a algo que sería una "izquierda", siempre tendrá lugar, en esta acepción amplia, una política de derecha, y así puede decirse que Stalin es derechista comparado con Trotzky. Pero si se le quiere asignar un valor permanente al vocablo, creemos que ha terminado toda política pura de derecha. Los fracasos de las derechas que vienen sucediéndose desde Metternich, sino antes, parecieran confirmarlo sobradamente. Pero los innegables valores de la política de derecha, que, al fin de cuentas son valores de la política como tal, su sentido de la adecuación a los hechos y del valor de la comunidad nacional y de la proyección "ad extra" de toda auténtica política, deben ser mantenidas pero integradas en una política católica, de la misma manera que el orden natural se integra y salva en el orden humano sobrenatural.

España hoy mantiene esta política salvadora.

Julio Meinvielle.

(1) Ver la conclusión de "De Lamennais a Maritain".



TIEMPO DE RIOS

¡Ay, ya sé que mi juego enamorado
fué de tiempo mejor, tiempo de ríos!
Vicente Barbieri.

I

Arriba el cielo y el Salado al frente
—trébol de amor en círculo fragante—
parece cielo porque está distante,
parece río porque está impaciente.

El niño se ha dormido en la creciente
fantasía del agua y del instante.
Un ángel ha bajado a su semblante
y le siembra la sal del penitente.

También un capitán de barba espesa,
viejo dueño del junco y de las olas,
en los labios le prende una promesa.

Y en la noche de estrellas y corolas
el niño de mirar ensimismado
queda en cielo y en río confirmado.

II

Una angustia de náuticos violines
sorprende con el viento los cristales.
El carbón vegetal de los umbrales
descorazona lunas y mastines.

Otro cielo se cumple entre jardines
que mejor se dirían pedernales.
Otro río transcurre en litorales
de fuente amarga y rigurosos fines.

Busca el niño las viejas oraciones
para salvar su estrella derrumbada,
para salvar su mundo de ilusiones.

Pero la voz no logra decir nada.
Pero la voz se pierde en la apretada
sombra del tiempo y de los corazones.

III

Ya para siempre lumbre y mediodía
la voz se instala en tiempo sin urgencias.
Realizada en sus viejas impaciencias.
Salvada ya de la melancolía.

Con alguna mañana de algún día
—quizá junto al costado y sus dolencias—
el cielo alcanzará sus transparencias,
el Salado impondrá su geografía.

Todo vuelve sin fin, todo se alcanza.
El ángel volverá, definitivo.
Volverá el capitán, eternamente.

Y al entrar en la bienaventuranza,
el niño volverá a su primitivo
arriba el cielo y el Salado al frente.

Jorge Vocos Lescano.

OTRA VEZ "CON MI GENERACION" (*)

El liberalismo y nosotros

El caso es que en la Argentina no se ha desarrollado pensamiento político: los hechos políticos no han sido vistos, evaluados, con continuidad. Divagaciones ideológicas, al correr de los tópicos y sus reducideros en las leyes escritas, de eso sí no nos ha faltado a partir de la mismísima Revolución de Mayo. Pero se ha de hablar de pensamiento político cuando su discurrir no elude lo concreto, si hay atrás quien ausculta, como un clínico, el oído atento a lo nacional.

¿No es realmente extraño, no es prueba de nuestra inanidad política, esto de que los caudillos más tercos, más *terruñescos,* se manifestaran en términos de teoría federal, no encontraran mejor vehículo de exposición de sus motivos que aquellas jurisprudencias y exégesis desenvueltas en el extranjero, en el más absoluto extranjero, de las que gracias a cualquier botica leguleya, ellos, tan ajenos al mundo, se podían proveer?

Cumplida la Organización, no hemos tenido criterio que a la acción haya hecho compañía. No se ha dado entre nosotros nada congruente —a pesar de haber vivido de los temas franceses— con las direcciones más auténticas del liberalismo francés.

En Francia, sí, las corrientes del pensamiento liberal —la que de Chateaubriand llega a Barrés, a Maurrás y la que de Rivarol pasa por Saint-Beuve, Taine, Renan, Gobineau: permítaseme una relativa elasticidad genealógica— están impregnadas de una común sustancia reaccionaria en tanto muy liberal. No hubo casi letras de Francia, aunque fueren expresiones puramente literarias, que no estuvieren imbuídas de este espíritu que pudiéramos llamar de clase.

Precisamente Maurras quiso llevar esa actitud de reposo al movimiento mediante un sistema de conclusiones políticas, o programa de capitalización política. No encuentro expresión más final de una *mentalidad* de derecha que la reflejada por el "antidreyfusisme" cuya secuela fué la política teórica —sin medios, sin utilería— de "l'Action Francaise".

Pero si las formas ejemplares de estilo se trasuntaban a través de la cultura, ello no era bastante para contrarrestar la dinámica de las creencias, la dialéctica de los hechos sociales desatados; ello no constituía la obra maestra política; ni tales rasgos y modales de derecha, eran índice de una supremacía absoluta, de una mayor influencia sobre el conjunto social, sobre el itinerario del acontecer. En Francia, las formas de cultura se distanciaron del proceso político y hubo una conducta de derecha que no pesó o no contrapesó en los sucesos políticos (1).

En Inglaterra, en cambio, ese divorcio no existió. Las vivencias de derecha se hallaron traducidas, no sólo en un pensar —Macauley, Carlyle, Burke— y en virtuosos de la distinción, sino que consolidaron también, sobre todo, una política. Por eso entre todas las naciones fué Inglaterra la que *hizo política* del modo más contínuo.

Toda la política inglesa es propia de una mentalidad de derecha, de un espíritu de clase. Por su constante política, por su no acefalía de valores políticos, los ingleses pudieron conservar tradicionales liturgias, cumplir todos los tránsitos en continuidad y desconocer la rigidez al extremo de que carecieron y carecen de leyes políticas escritas.. Todos los síntomas de la primacía política coinciden: la política supeditada a lo exterior, las creencias sin atizar, las formas instaladas en la época. Sólo así cabe explicarse que ocurriera en Inglaterra, que desempeña, por otra parte, el papel más antitradicional en Europa, la primera revolución política nacional sin que dejaran los ingleses de permanecer obstinadamente ajenos a los mitos, refractarios a la verdadera revolución. Inglaterra fué el país que mantuvo más activa su aristocracia, que detuvo la revolución en un plano de reacción política y que, en lo posible, colocó los hábitos un poco más arriba del nivel de las contingencias. Pudo cortar la cabeza de su rey —la primera cabeza real revolucionariamente destronada— y restablecer la "subitaneidad del tránsito" (2).

No; nuestra clase dirigente no ha producido pensamiento político. No hagamos el gesto de rasgar las vestiduras por eso ya que sería de sus defectos el más excusable. Pero señalemos el hecho como una circunstancia concomitante con la inexistencia de un repertorio vital de gestos políticos. Y de vocación política.

Pues, en fin, fuera de Alberdi y de Sarmiento, de Mitre y de López, estos últimos a través de la glosa histórica y todos de una misma promoción, ¿dónde están y cómo se llaman los críticos de nuestra política, los expositores de un plantel de ideas de gobierno, los que se precien de describir el país? ¿Dónde —hasta nuestros días— los que hayan repasado los tópicos de época? Si adelantamos más acá de la generación del sesenta, comprobaremos que ni siquiera se han escrito memorias, que los hombres de actuación pública no la han puntualizado en ese maravilloso registro de época que las memorias son, seguramente por falta de convicciones firmes a legar a la posteridad sobre el proceso político en que fueron actores. Y mientras el planeta Lugones describe su curva majestuosa, un extranjero, el francés Groussac, será el glosador de nuestros temas nacionales, mejor armado, con garra de derecha.

Y lo más extraordinario fué que, sin embargo, nuestra sociedad asimiló, al fin de siglo, espontáneamente, rasgos de procedencia "tory", es decir, de una de las manifestaciones coetáneas de la derecha. Aunque —esto se les es-

(*) Este artículo junto con los aparecidos del mismo autor, en las otras dos entregas anteriores, constituye un solo ensayo que razones de espacio obligaron a fraccionar.

(1) Como se habrá advertido no incluyo a De Maistre ni a De Bonald en la intelectual progenie de derecha. Estas dos grandes cumbres levantan sus cimas hacia una restauración de cuño espiritual y de valores tradicionales que se formula con prescindencia de la oportunidad histórica y de las contingencias temporales. Así lo que media entre De Maistre o De Bonald y Chateaubriand o Rivarol es precisamente la distancia que media entre tradición y derecha. Los primeros reaccionaron *contra* el liberalismos y los segundos son la reacción en el liberalismo. La derecha no abandona el siglo, está aferrada a su época, no procede por saltos, tiene un don de continuidad, es vigente. El retorno a la tradición que los dos clásicos de la restauración plantean conduce, en cambio, a desentenderse de la posibilidad histórica y a soluciones de continuidad que ponen siglos enteros en cuarentena. De hecho, por lo demás, el pensamiento antiliberal no se comunicó en su tiempo a través de las generaciones sino que fué reencontrado contemporáneamente al renacer el pensamiento católico. Por el contrario, lo que llamaremos el liberalismo jerárquico es el común denominador que cabe extender bajo los nombres de Fichte, Hegel, Goethe, Nietzche, Scheler, Spengler, Keyserling, entre los que algo o mucho dijeron de política, todos ellos alemanes mediatamente vinculados con las corrientes arriba referidas del pensamiento liberal francés.

Sólo ahora, pues, tiene curso por senda histórica el pensamiento tradicional. Y es curioso, por otra parte, comprobar como se puede en el presente sustentar un pensamiento tradicional y ser a la vez demoledoramente revolucionario. Ello proviene de una falla de ese sentido de continuidad que connota la inteligencia política y es propio del sentido de derecha. Pero el actual reencuentro de lo tradicional en términos de pensamiento culto apareja la posibilidad de que derecha y tradición se fundan en una sola línea de orden. Vale decir, que por este modo la derecha sin dejar de responder al genio que la define se depure de sus gangas de época, de sus burguesotas ballaquerías.

(2) Desde luego, lo que menos califica en Inglaterra a la derecha es el pensamiento político. Al revés de lo que en Francia ocurrió, allí el pensamiento político sólo ha expresado la acción, se ha desprendido de la acción como un signo de ella. Es verdad también que se manifestó en una zona de liberal reacción contra los desafueros democráticos de la revolución francesa.

Keyserling ha semblanteado maravillosamente el genio de instinto o instinto de gran felino que el tipo inglés posee.



capó a nuestros abuelos— para lucir de modo duradero un garbo, para que ese despliegue de prodigalidades, esa afición al detalle de la vida civilizada y de gran casa adquiriese rango, hubiera sido necesario no abandonar la política. Todo eso reclamaba aquí un firme subsuelo político. ¡Cómo concebir una aristocracia próspera sin estilo político! ¡Cómo creer que se habría de mandar mucho en sociedad desatendiendo los negocios públicos! ¡Cómo no advertir que la sola riqueza no era apoyo de una solvencia social! ¡Qué malo el patriotismo a base de la prosperidad del país! (3).

Lo que nos dice el libro

Nos dice muy agudamente Etchecopar que en América, al contrario de Europa, "la democracia es social, no política y que, por lo tanto, si aceptamos que de la índole más recóndita de las revoluciones —de las verdaderas— es el reaccionar contra modos y usos vigentes, aceptaremos también que en América esos movimientos tendrán siempre signo e inspiración reaccionarios y derechistas. En Europa, en cambio, las revoluciones han sido y —caso de que aún quede alguna por hacer— serán de tendencia avanzada y antitradicional".

Esto merece una meditación, esto es decirnos de buenas a primeras cosas muy serias, aportar servida una síntesis que muchas indagaciones reclama si se ha de reconstruir.

No es discutible la premisa de que, en parangón con la de Europa, donde hubo alguna vez cristiandad y castas, la sociedad de América sea de índole igualitaria. Y acusa ingenio esa ley de niveles según la cual la política suministra el reactivo; llevaría siempre la contraria; sería el modo compensado de entablar relación lo social y lo político.

Lo que no creo es que pueda hablarse de una mecánica revolucionaria cuya clave se habría develado a través de un movimiento de vaivén. Tanto el acontecer social como el quehacer político integran un orden ultradoméstico de vida: el orden público, la ciudad y su culto. El culto público comienza cuando despierta la Comunidad y el Estado. La diferencia más profunda entre Europa y América reside en que esta última no superó orgánicamente el plano de la domesticidad. A la inversa de Europa, las instituciones políticas se establecieron sin que antes hubiese sido formada la vida pública, la comunidad. En Europa la comunidad era más vieja que sus estructuras políticas, pero en América surge una estructura pública antes de que hubiese, en su desarrollo interno, alcanzado a plasmarse el *sinoykismo nacional*. Y la fuerte domesticidad hidalga no impuso su espontáneo sentido del orden, no dió a basto para las dimensiones distintas de un orden del Estado. Así, América llega a la vida pública como los huérfanos llegan a la mayoría de edad: desamparada y precoz. Y todo el decurso de esa vida pública, a falta de previas convivencias sociales, lo presiden o no lo presiden las instituciones políticas.

Etchecopar, con sus pituitarias, con su "flair" sutil de hombre cavernícola, declara con dotes de lapidario: "El Estado comienza donde la sociedad acaba. Y la sociedad culmina en una exigencia de la vocación política. El Estado es la forma de la virtualidad o vocación política de un pueblo. Pero antes ese pueblo ha de ser una sociedad".

¿No descubrís, lector, en esta sola frase, la virtud comunicativa de un estilo, de un acento nítido? Este es el ademán seguro y delicado de que dispone nuestro autor. Nunca le agradeceremos o le reprocharemos, como se lo merece, la tensión a que nos obligan sus asertos y todo eso que nos va soplando con ocurrente cálamo de sugeridor.

Colaciona Etchecopar el criterio político a su experiencia de persona culta, que no ignora donde queda el mundo, y a su intransferible experiencia de argentino que sabe, que tiene muy sabido sin que nadie se lo enseñe por escrito, lo que la Argentina es; así, *con soltura "de provinciano en Buenos Aires y porteño en las provincias"* comunica con el pasado del que recoge cuanto hay que recoger y distribuir para que permanezca.

"A la vista de todos está una grande tarea reparadora; grande, que no desmesurada; ni tampoco desaforada; ni mucho menos desbocada. Una tarea cuya norma primera y esencial fuese la discreción; una lúcida, ensimismada, *agresiva* discreción. Una discreción a lo Gracián". Esto de la discreción, este elogio agresivo del discreto, tiene cierto sabor autobiográfico.

De esta suerte se nos ofrece un compendio destructor de tópicos y un breviario contra todo lugar común. Etchecopar trae, decimos, a la consideración política un juicio que no se detiene en donde lo político concluye: sigue el rastro a los temas por montes y quebradas, por todas las pistas. Hace, pues, crítica aplicada a la política. No atiende a la política desde una restricta mira, sino bajo una consideración de universalidad.

Por eso fué un acierto reunir sus comentarios de fibra actual con esos otros trazos aforísticos —verdaderos "robots" literarios— y con sus reflexiones sobre arte. Así declara la índole generosa de su estimativa y así muestra el camino hacia una inteligencia de lo cultural, hacia la integración de una unidad de formas cultas a que está hoy condicionada toda nueva política.

Esta obra, escrita al ocaso de la guerra, factor que le añade interés, abre una campaña —y no de sesenta días— contra las ideas hechas y exangües, contra la pereza mental, contra la mendacidad de las posturas esquemáticas.

Y bien, está claro: "Con mi generación" no es un libro faccioso. Es un libro sobrio, escrito con sincera serenidad y sinceridad serena. Es un libro de derecha. De ello, aquí su rareza y al mismo tiempo su energía. Bien entendido, de derecha de hoy y derecha de mañana, de corriente de derecha que rebalsa los cauces anacrónicos, los perimidos modales y las perimidas épocas. No es el añorar la derecha sino el declarar su imperio más seguro que cualquier ideología, su estilo ínsito a la vida de sociedad política. Es una derecha sabedora de su ser, capaz de repasarse, capaz de examen de conciencia. Una derecha absuelta del espíritu de burguesía, reconciliada con el pasado fundador, fiel a las leyes de la ortodoxia y de la sangre; reaccionaria de la revolución.

¡Abajo los acaparadores de la nada, los mayoristas y minoristas del lugar común! ¡Abajo los tercos filisteos actuales de los mitos!

¡Saludemos al hombre bien dotado y libre, que se suelta a escribir desde una ínsula, a la edad perfecta, a la edad en que César empezaba su guerra de las Galias, precisamente a la edad de *su generación!*

MARCELO SÁNCHEZ SORONDO.

---

(3) Si se mira bien, Don Vicente Fidel López, cuya obra más allá de su formalidad histórica, está sin duda construída con la mejor prosa de las letras argentinas todas, resulta ser en los temas políticos el liberal más auténtico y por eso el único, quizá, que se supo expedir en términos de inequívoca repulsa democrática. Alberdi, aparte de distraerse en elucubraciones muy personalísimas, estaba demasiado deslumbrado por la civilización, por las notas empíricas del siglo. En Alberdi había además causado estragos Rousseau y en López la moral del buen salvaje no había hecho mella alguna. De Sarmiento nada seguro se puede afirmar a la pasada. Y de Mitre se puede decir que era un ideólogo redomado.

Pero, además, la mejor prueba de que nuestras derechas en resumen carecieron de copete reaccionario y fueron, en cambio, románticas, está luego en la unanimidad "dreyfusard" con que sinceramente se pronuncian a favor del discutible capitán semita.

En realidad, en la Argentina también se produjo a su hora la colisión entre tradición y derecha. A Rosas le sobró tradición y le faltó derecha.

L E C T U R A S

ESPAÑA, ¿ZONA DE PESTE?, *por Sergio Fernández Larrain. Ediciones* "Españoles Unidos", 1946.

En este libro se han reunido las conferencias que sobre el tema de la realidad española dió el parlamentario chileno Don Sergio Fernández Larrain. Rebate el autor, en ellas, la proposición de Harold J. Laski, dirigente laborista inglés: "No podemos dejar zonas de peste en Europa... sobre todo la zona que representa el régimen de Franco". Demuestra el senador chileno que España no es zona de peste, sino que se levanta en la desangrada y desvitalizada Europa de la postguerra, como el escollo invencible e insuperable para los enemigos de la civilización cristiana occidental. Estudia primero el desarrollo en crecimiento de la leyenda negra y otras invenciones de los enemigos de España con un acopio de detalles interesantes que nos muestran en el político chileno la existencia de un historiador de mérito. Nos acabamos de convencer, después de leerlo (como si no hubieran bastado las demostraciones españolas de Menéndez y Pelayo y de García Villada y la argentina de Carbia), que en la historia del mundo no puede ponerse en parangón ni en marcha otra maquinaria de propaganda igual a la Gran Campaña internacional contra España. En los siguientes capítulos analiza la decadencia de la monarquía española, su caída en la República, la Anti-España que vive eufóricamente la fulminante laicización del católico pueblo de Teresa y de Juan de la Cruz. Entra luego a considerar los aspectos legales de la caótica situación peninsular de 1936, probando fehacientemente la ilegitimidad de los poderes actuantes en el momento de la Revolución Nacional, la existencia del fraude más escandaloso puesto al servicio de la consolidación del Estado sin Dios y de la ascensión al poder de Manuel Azaña, y el derecho a la rebeldía de la hispanidad en trance de muerte. Observa en la España de hoy, resurgida, esa sustancia de la hispanidad, y presentes en la Nación las características de un Estado orgánico, la existencia de un sindicalismo vertical, y la estructuración, novísima y viejísima a la vez, del régimen de gobierno, con sus Cortes de representación sindical y jerárquica, pues además de los dirigentes gremiales, tienen en ellas representación los órganos y grupos más importantes del país: Iglesia, Justicia, Universidad, Ejército, etc. El Gobierno es descentralizado y está asesorado por organismos técnicos superiores. El autor del libro discute en prolongadas páginas, enseguida, el presunto carácter de nazifascista que se atribuye al régimen y prueba que motejar de tal a España es injusto, calumnioso y obra de supina ignorancia o de infantil incapacidad para comparar y diferenciar ideas elementales. Investiga, después, las bases y fundamentos de los Estatutos principales del Régimen: el de "los 26 Puntos", que afirma la integración de España en una unidad de destino en lo universal; el Fuero del Trabajo, que renueva la tradición católica de justicia y alto sentido humano de la legislación de la España grande; el Fuero de los Españoles, en el que por ley se protegen los derechos de todos los hispanos, sin diferencia de credos, sentando como principio primero que todos los españoles tienen derecho a que se respete su honor y el de su familia; la Ley de Subsidios Familiares, que ha otorgado beneficios por más de mil millones de pesetas anuales, a viudas y huérfanos de trabajadores y por premios de nupcialidad y natalidad; el Seguro Social; la Ley de Redención de Penas por el Trabajo, que "refleja simplemente aquella incorregible pasión que Cristo profesó al pecador", etc., etc. Entra luego nuestro estudioso en el

orden de las estadísticas y las enumeraciones, que llevan muchas páginas pero que nos dicen, con la elocuencia desnuda de los números, la diferencia que media entre el grado de postración en que quedó España al término de la guerra civil y el estado floreciente de la nación española en nuestros más cercanos días. Los datos que presenta son de 1943 o de 1944; algunos de 1945 (1).

Y he aquí otra clase de cifras y citas que trae Fernández Larrain en su obra: Medio millón de seglares indefensos, asesinados durante la guerra junto con once obispos y once mil sacerdotes y religiosas; "más de veinte mil templos destruídos" (el Cardenal Primado de España, en el Congreso Eucarístico Internacional de Budapest); "la clase obrera ha resuelto el problema de la Iglesia sencillísimamente: no dejando en pie ni una siquiera" (Andrés Nin en "La Vanguardia", del 2 de agosto de 1936); "no les queda un altar en pie; no existe títere sin cabeza de esos que colocan en sus retablos" ("Solidaridad Obrera", del 28 de enero de 1937); "aunque se trate de los monumentos más preciosos del arte o de la ciencia, todo han intentado destruirlo": Pío XI en "Divini Redemptoris"; "el odio a Jesucristo y a la Virgen ha llegado al paroxismo en los centenares de Crucifijos acuchillados, en las imágenes de la Virgen bestialmente profanadas, en la reiterada profanación de las sagradas formas" (Carta Colectiva del Episcopado Español); y más cifras: el presupuesto eclesiástico para 1945 es de 125 millones de pesetas sobre casi 35.800 millones del presupuesto total de pagos y sobre más de 36.000 millones de ingresos; de 1940 a 1943 el Estado había hecho reparaciones o construcciones totales en 3.000 templos destruídos por desmanes en la etapa roja por valor de unos 53 millones de pesetas; en 1943, se votó una ley que destina 40 millones más a la construcción de templos parroquiales en los suburbios de las grandes ciudades y en los pequeños pueblos; et sic de cetera.

No; no es España lo que constituye una zona de peste, concluye el autor de este libro tan interesante como instructivo; por ello es penoso que por la declaración de los tres "Grandes" en Postdam, España haya quedado fuera del conjunto de naciones; la pasión ciega a quienes no quieren ver; en Europa —dice con amargura y con verdad el escritor chileno— no hay una *"zona de peste,* sino treinta o más, que controla brutalmente el señor Stalin" y agrega: "Pero, nadie desconoce que en todo esto de la descalificación de España, hay algo más de fondo, más grave y más intranquilizador: la hegemonía de Rusia. Y este es el problema cumbre de la hora presente".

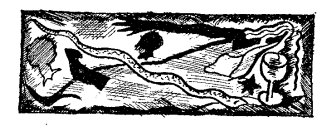
Cierto es. Por eso, libros como el presente son absolutamente necesarios, para que se haga conciencia mundial la certeza del terrible peligro que se cierne sobre toda la tierra.

Pero, ¿de qué vale esta conciencia, si los poderes humanos se rinden ya pasivamente a la fuerza de la apostasía universal?

¡Admirable Franco y admirable España, que ellos no se rinden, aunque estén casi solos y trabajen duro, vigilantes y atentos como lo pide el Apóstol en su segunda Carta a los Tesalonicenses: "No os durmais como los otros, antes bien velad"...!

T. de L.

(1) He aquí algunas cifras: 500 millones de pesetas invertidas en arreglar los caminos principales; miles de locomotoras y de coches de pasajeros y más de 30.000 vagones de carga, nuevos; 8.000 millones de pasajeros-kilómetro contra 3.500 en 1930; 5.000 milones de toneladas-kilómetro de carga contra 4.000 en 1930; 4.000 kilómetros de ferrocarriles nuevos; 5.000 kilómetros más de ferrocarriles electrificados; más de 400 millones de pesetas para reparaciones de puertos dañados por la guerra; 160.000 hectáreas de nuevos regadíos; embalses por nueve mil millones de metros cúbicos presupuestados en 1.000 millones de pesetas; duplicación, prácticamente, de la producción hidroeléctrica con un presupuesto de 2.000 millones y una producción de 5.000 millones de KWH; 2.000 millones de pesetas invertidos en las regiones desvastadas; otros mil millones por el Instituto Nacional de la Vivienda; nuevas industrias con inversiones de capital superiores a los 4.000 millones; pesca: 500.000 toneladas de productos, de valor de 1.100 millones de pesetas; minas: 12 millones de toneladas de producción de carbón; marina mercante: 500 buques botados al mar en 1944; una sola empresa tiene construcciones navales encargadas por valor de 400 millones (y hay otros 25 astilleros sobrecargados de trabajo); en estos momentos —dice el autor con datos de 1945, se están construyendo 192 barcos con 275.000 toneladas de desplazamiento y un valor de 1.263 millones; con ello se está terminando el primer programa de construcción de un millón de toneladas y se pasará a realizar el segundo proyecto de otras 2 millones de toneladas; combustibles: se han otorgado créditos por 2.000 millones en combustibles líquidos y lubricantes; se está haciendo de Barcelona el primer puerto del Mediterráneo, con un costo de 600 millones de pesetas; se han exportado 72 millones de litros de vino y 322.000 cajas de naranja; se han cultivado 10.000 toneladas de tabaco; ha aumentado la riqueza ganadera del país de 35 a 42 millones de cabezas, de 1935 a 1942; la repoblación forestal alcanza a 51.000 hectáreas; en los viveros se han obtenido 500 millones de árboles; las escuelas van llegando a cerca de 50.000; hay 2 ½ millones de alumnos matriculados; los de enseñanza media y comercial alcanzan a 200.000; los universitarios se mantienen en 40.000; en 1942 había un promedio de 16 libros nuevos contra 3 que se imprimían diariamente en 1936, etc., etc.



Sapientia. *Revista Tomista de Filosofía.* 3er. trimestre. 1946. La Plata — Bs. Aires.

En magnífica presentación aparece esta revista de Filosofía del Pbro. Dr. Octavio N. Derisi. Un primer artículo, en el que se reproducen los clásicos pasajes de Aristóteles y de Santo Tomás sobre la prelacía de la sabiduría, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, define el propósito de la nueva publicación que quiere ser "expresión de Filosofía pura, de Sabiduría estrictamente humana, pero que reconoce y acaba una Sabiduría superior a ella y que, por eso, resulta ser también de *Filosofía cristiana*" (*ibid.* 11), "sabiduría natural de la inteligencia humana" que "ha encontrado su realización más plena y auténtica en la Filosofía de Santo Tomás" (*ibid.*), la cual no es por tanto, "una Filosofía de época pasada, no es algo muerto o arqueológico, así como tampoco una Filosofía acabada y perfecta que solamente es menester asimilar, sino una Filosofía verdadera sí, porque la verdad de ser es eterna e inmutable, pero inacabada, prolongable en todas las direcciones y caminos del ser" (*ibid.*).

Componen esta entrega tres artículos de fondo. Uno del R. P. Garrigou Lagrange sobre "El Realismo del principio de causalidad", en que el distinguido profesor del Angélico de Roma, demuestra cómo el realismo moderado de este principio, tal como ha sido defendido por la tradición aristotélico-tomista, salva los derechos de la verdad frente al realismo absoluto de Parménides-Espinoza y al nominalismo de Heráclito - Hegel. Mucha luz arroja sobre la doble función de la metafísica, como ciencia y sabiduría, lo que señala el autor sobre la doble fórmula del principio de causalidad, es a saber, según la vía de invención ascendente y según la vía de juicio de la sabiduría descendente.

El segundo artículo, del Pbro. Dr. Octavio N. Derisi sobre "La trascendencia del Ser Divino" señala con singular relieve como el carácter analógico de nuestro conocimiento de Dios nos salva de la univocidad del racionalismo y de la equivocidad del agnosticismo. Gracias a nuestros pobres conceptos analógicos llegamos a conocer a Dios con toda certeza pero le conocemos como "a desconocido". De gran profundidad son las consideraciones que vierte el autor sobre la esencial unicidad de Dios y su divina trascendencia.

Un original ensayo sobre "Metafísica y Lírica" de Carlos A. Disandro constituye el tercer artículo. Con penetración de filósofo, Disandro que es un poeta lírico muy estimado por los lectores de Balcón, establece que "tanto la metafísica como la lírica son los dos capítulos más intensos y universales de una cultura ontológica natural, como dos actitudes y dos vías fundamentales, por las que la vida de la inteligencia se comunica con el ancho campo del ser".

En "Notas y Comentarios" se lee un estudio muy prolijo de Fray Mario Agustín Pinto O. P. sobre "el ser de razón". Lleno de utilísimas precisiones ayuda grandemente a formarse un concepto exacto y cabal sobre la naturaleza del "ser de razón" y sobre sus múltiples maneras de realizarse.

Comentarios a diversas obras de reciente aparición cierran esta entrega de "Sapientia". La calidad intelectual de este primer número es índice promisorio de los frutos que ha de recoger en la formación de la inteligencia "en esta tierra de bendición de nuestra patria, Argentina, que ha nacido, crecido y vivido siempre, animada por el espíritu de la Verdad y Norma de vida de la Sabiduría cristiana de la Iglesia" (*ibid,* 13).

J. M.



TACUARA

Hemos leído con íntimo regocijo el número que acaba de aparecer de esta revista que es órgano oficial de los estudiantes nacionalistas secundarios. "Tacuara" es en efecto una expresión de auténtica juventud —escrita como está por estudiantes secundarios y destinada también a estudiantes secundarios— muy distinta ciertamente en esto de aquella pseudo-juventud profesional a que nos tenía habituados el movimiento reformista. Pues bien, no vacilamos en afirmar que esta juventud, esta auténtica juventud que se manifiesta en "Tacuara" es además una magnífica, una extraordinaria y vibrante juventud.

Para formarse una idea de su estilo basta ver cual es su juramento: "Juro con el corazón y el brazo señalando el testimonio de Dios, defender con mi vida y mi muerte los valores permanentes de la Cristiandad y de la Patria". No lo hacían mejor los mismos caballeros medievales y basta ver también el tono heroico conque hablan estos muchachos. "Cuando se pone la cabeza en una empresa grande —dice uno de ellos— se sabe que cuando llega la hora del pierde se entrega la vida al enemigo. Pero a nuestra fe y a nuestro espíritu no pueden matarlos. Sobran pechos juveniles para reemplazar a los caídos. Sobra coraje para ofrendar la vida al servicio de la Patria. Sobra vocación heroica para morir sonriendo ¿qué más necesitamos?".

Cuando millares de jóvenes —casi niños— son capaces de formular, desde el fondo de su alma, un juramento semejante, cuando son capaces de vibrar, unidos en un solo corazón y una sola alma, ante estas consignas heroicas, no podemos dejar de alimentar una gozosa esperanza en nuestra patria. Los viejos masones del matrimonio civil y la enseñanza laica creyeron que habían segado las fuentes de la espiritualidad en la Argentina. Todo lo habían ordenado sabiamente para ello. Sólo se olvidaron de una cosa y es que el Espíritu sopla donde quiere y que allí donde el Espíritu ha soplado se renueva la faz de la tierra. Pues bien, el Espíritu ha querido soplar ciertamente sobre esta amada tierra argentina para desbaratar las sabias previsiones de aquellos viejos masones y para producir el milagro moral que implica una juventud como ésta de "Tacuara" capaz de sacrificarse y de morir por el imperio "de los valores permanente, de la Cristiandad y de la Patria."

Fr. Mario Agustín Pinto, O. P.

DIARIO DE UN BUZO

LUNES. — Habla el buzo en primera persona: No acertamos los argentinos a entonar nuestra existencia nacional, a ponernos de acuerdo sobre nuestro quehacer. Sin embargo, excusas no nos faltan. Todas malas como inefables hijas de la pereza, consejera que se hace escuchar por estos lugares donde la inercia es el verdadero demiurgo al que adoramos decretando que Dios es criollo.

Los argentinos dejamos pasar el tiempo y el tiempo de nuestras vidas como si fuéramos niños o como si el ser niños fuera para nosotros una fatalidad.

Cada día me persuado más —quiero decir que veo con mayor lucidez— de que la raíz de nuestra insuficiencia nacional hemos de hallarla en cierta pura y simple ineptitud para la acción en cuanto la acción importa e impone crear obra, obra de múltiples dimensiones, siempre bajo el signo positivo, esa cruz *más* que alienta la lucha del hombre mientras ejercita sus medios, todos sus medios.

Pensarán algunos que esto sabe a vitalismo, o se trae cierta corriente existencial desviada de su cauce de lecturas; y yo digo que no o que no lo sé aunque con gusto me serviría esas viandas al pasar si estuvieran a la mano. En fin, hace ya mucho —este mucho se mide con tiempo de memoria, no de calendario— que no me orientan los tópicos que se aplican a las cosas con pretensión de ceñirlas, de conformarlas. Los tópicos son exactos como las leyes cuando son justas. Pero pecan por incapacidad de asir lo peculiar, lo íntimo, la recóndita libertad de rareza con que las cosas nos sobrecojen, nos asaltan.

Procuremos no dejarnos llevar de los tópicos reemplazantes de las ideologías, ni menos envolver en las redes sutiles, y tan redes, de una propia reacción personal que pocas veces consigue ser fríamente libre.

Todos aquí —se me ocurre que sobre todo aquí— vivimos en aguda dependencia con respecto a nuestros adentros, a este entrañable interior, con pasajes secretos y de puentes levadizos, al que muy a menudo nos volvemos para *orientar* un ademán, para *sentir* un prejuicio o un predisposición. Lo curioso, lo grave es que este introvertir no se suscita sólo por los naturales estímulos que asuelan el dominio de la emoción o la conciencia. Se trata de una subjetividad —más rara, de misántropo— que se alarma, se manifiesta provocada ante cualquier hecho que repercuta en lo colectivo, en la comunidad, que de suyo, por tanto, no sea privado sino público, político.

Hablo, pues, de una sensibilidad especial que creo acentuada entre nosotros, cuyas antenas —no sé bien como, no sé si por híspidas o por viscosas— tienen la virtud de captar las ondas de los sucesos públicos para enderezarlas hacia zonas acendradas, prohibidas del ánimo donde reverberan consumiéndose a expensas del discernimiento o de la voluntad. No discurrimos sobre los hechos tanto como los sentimos. Más nos pesan que los pesamos. Y también diría que referimos los hechos a nosotros, por nosotros pero no los vivimos tanto en ellos, por ellos.

Hay en esto, creo yo deslindar en esto, residuos de un primitivo instinto de defensa que prevalece como determinante de la conducta individual en un medio donde lo social apenas ha trascendido lo doméstico, donde no se practica el culto público. Interfiere aquí en la apreciación de los hechos políticos, un sentimiento preventivo, de resguardo, rayano casi en el miedo, que nos fuerza a fabricar una trama entre ellos y nuestra personalísima circunstancia, a la vez que nos detiene en la meticulosa consideración de la medida en que hayan de ser para nosotros fastos o nefastos.

No me parece útil en esta materia hilar demasiado fino. Por eso no seguiré adelante con la rueca, metiéndome en trabajosos enredos. Aunque sí deseo llegar hasta decir que esta actitud de hosca timidez, lindera en el temor, con que abordamos los hechos políticos, la actitud introvertida para estimarlos, doméstica en exceso y por ende antisocial, siendo de la idiosincracia de nuestras clases dirigentes explica que ellas, cuando la sociedad fué una realidad más compleja y no circunscripta al contorno de una gran aldea, demostraran viva aprensión por la política. Y abandonaran, en tanto clase, la actividad pública —es decir, la que se somete al juicio público y lo padece— considerándola peligrosa y nociva a sus intereses, fuera de su círculo. Prefirieron así, voluntariamente, dejarla en manos de los *inmigrantes* que subían del puerto, que escalaban la cosa pública, con el ánimo desprevenido y ágil de quienes la abordaban de improviso, casi sin pedirla, sin el cansancio de las experiencias pasadas. Los inmigrantes o sea los que una vez establecidos empezaron a cubrir nuestra tradicionalmente desierta clase media. No se exageraraí tanto si se llegase a la conclusión de que la clase media argentina —fenómeno urbano— nació a la política al tiempo mismo de nacer. Pero por su parte, este temperamento —el temperamento radical— de la clase media ya en las alturas —desde entonces más relativas— del poder político se exhibió lleno de estridentes y no por eso alegre, sino lúgubre.

Y desde luego, incapaz de estribar bien, afirmándose sobre la cima. Además, pese a su extranjería de sangre esta gente se inficionó, se compenetró, se acriolló. En cuanto acriollarse era practicar el hedonismo pampa.

MARTES. — Nunca la política ha sido un tema tan absorbente como lo es en nuestros días. Casi no hay ahora lecturas y lectores propensos a distraerse de la preocupación política. Todos ponen la política delante aunque pocos eligen su partido. Es difícil así atinar con un desarrollo de asuntos culturales en que se deje de lado la política. De veras, es difícil y por añadidura estúpido.

Sin embargo, desde que existen las naciones, jamás se ha hecho menos política, jamás la acción política ha estado tan desmedrada. En esta guerra la gran víctima, ha sido la política. Se han roto las *normas políticas*, la inteligencia misma de la *formalidad política*. Por eso no se ofrecen soluciones de paz; hasta se desconoce el medio de arbitrar la paz. Ya nada une y todo separa a las potencias nacionales. Las naciones importan cada cual un cúmulo de intereses propios, una perspectiva intransferible, un sentido excluyente. Perdidos, de antiguo, los vínculos de tradición, ahí quedaba la política como lenguaje común, como medio de comunicación. Al fin y al cabo mediante ella, convivían, o sea que bien o mal juntas podían vivir, las naciones, las nacionalidades.

Es, pues, la ausencia de la política —el vacío político— lo que provoca este tan unánime sentir su necesidad, este vértigo general, esta franca neurastenia colectiva.

Y así la cultura, que se porta en el fondo como una persona seria, advierte también que nopuede pasarse sin estímulos políticos. Por más que tenga prejuicios, bien sabe la cultura que reconstituir las formas políticas le compete, siempre que sea capaz de dar con una interpretación —vital y enérgica— de sí misma. Que sea capaz de proseguir.

Y desde luego, ocurre que esta irrascible impotencia política repercute sobre las menesterosas letras, sofocando sus aires de autonomía. Las letras se ven perturbadas en su propensión a ser puramente bellas.

El público —cuanto más enano más crecido— quiere que las letras se reduzcan a la letra. Y las letras, bien o mal, se avienen a los gustos que las consumen. Pero el inconveniente está en que para cumplir lo que se les exige, para ser aprendidas como letra, optan las letras por entrar también con sangre.

Respetable público: o letras literarias o letras sangrientas. Esta es la alternativa y la historia de las letras.

MIÉRCOLES. — Pensamos en la frase de André Chenier: "Hay gentes que odian el antiguo régimen, no por malo sino porque era un régimen".

Nuestra fórmula política: por la revolución al orden. En este sentido somos *reaccionarios de la revolución*. Estamos con la revolución en lo que supone reacción contra la ausencia o falsedad de un orden. Y también para no perder el ritmo de los acontecimientos, para no ser ñoñamente reaccionarios. Pero no creemos en la panacea revolucionaria. Todos estos toques empiezan con notas románticas y concluyen en desesperados resentimientos. Estamos a favor de un orden. Y la revolución sin orden, se queda en ser o se precipita a ser revolución social. No es que la revolución social ponga una cara fea de pocos amigos. Sólo que es un *producido*, no una obra. Algo inerte que se despeña cuesta abajo. Algo no determinado por la inteligencia y la voluntad, sino fortuito, de pura cepa anónima. Algo, pues, nada clásico.

SANSOYO.

CORREO ARGENTINO Central

FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 3775
TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 3186